

EL PRIMER LECTOR

Edgardo H. Berg
UNMdP, CELEHIS

“Soy el primer aventurero hispánico
que ha arribado al libro de Joyce”
Jorge Luis Borges

“Precisamente leo porque olvido”. Es conocida la inquietante reflexión sobre los procesos de lectura y des-lectura que Roland Barthes sostiene con firmeza en su libro ya clásico *S/Z* (1970). Al igual que un sueño o su intermitente y discontinua reproducción en forma de relato, memoria y olvido tejen y anudan las intrigas de la historia y la cultura. Se lee un texto por partes, fragmentariamente, nunca en su totalidad. En nuestro acceso a los textos literarios siempre queda algo por leer, invariablemente olvidamos o borramos una escritura previa; siempre hay un resto ilegible que escapa a nuestro dominio.

Se suele esgrimir no sin razón que Jorge Luis Borges ha sido persistentemente el corrector y editor de su propia obra. Los manuscritos tachados y puestos fuera de circulación, las sucesivas reediciones y transformaciones de su universo textual así lo confirman. Quisiera resaltar, en este sentido, cierta lectura repentina e imprevista presente en el primer Borges que podríamos denominar como “vanguardista”. Me interesa regresar a los inicios de su obra ensayística, más precisamente a su libro *Inquisiciones* (1925) para pensar la figura del escritor como aquel que lee en otra sintonía, por fuera de las normas previsibles y habituales; más aún como aquel que es capaz de llevar la lectura a otro lugar; inscribiendo en el desvío una política de lectura novedosa e inusual. No se trata de ver el isomorfismo borgeano entre crítica y ficción, ni tampoco observar la determinación y descripción crítica de los usos experimentales en una

novela de Joyce (ya sea describiendo la particular combinatoria de registros, los desplazamientos y por momentos descentración del sujeto unívoco de la narración o problematizando la tensión y diálogo entre procedimientos propios del alto modernismo o de la alta cultura y de la cultura de masas, motivos bien conocidos por la crítica joyceana). Tampoco se trata de esparcir y desgranar, parsimoniosamente, la pluralidad de sentidos de una nouvelle o un texto breve. Todo lo contrario. Se trata, más bien, de condensar en un punto o en una serie limitada de motivos la extensión de los posibles narrativos. O de mirar, instantáneamente y de un modo fugaz, a partir de un fragmento textual la “suma” de una novela. Habría que pensar, entonces, la microscopía como un arte de la lectura que evoca los usos desviados y excéntricos del que lee en otro registro; o más bien, de aquel que propone una mirada sobre la literatura por fuera de los lugares usuales y convencionales. Bastaría señalar algunos ensayos breves de Borges para ejemplificar la política de lectura que atraviesa la mirada de un escritor (Borges); y observar, al menos por un instante, el modo y la forma de lectura de aquel que anticipa los suplementos venideros y lee fuera de lugar. Un uso inesperado y vanguardista de la lectura podríamos decir.

Conocemos la traducción que en 1925 hace Jorge Luis Borges del monólogo alucinado de Molly Bloom (“La última hoja del Ulises”) en la revista *Proa*.¹ Acontecimiento que lo coloca a Borges no sólo como el primer traductor de la obra de Joyce (aunque sea claro está fragmentariamente) sino como el primer lector de Joyce. No hace falta decir que en esta versión microscópica del universo joyceano, Borges corrige la versión en inglés, “porteñiza” la lengua, omite frases y sustituye otras, invierte por momentos la sintaxis y pervirtiendo el texto original, o colocándolo fuera de contexto al modo de los deslices hermenéuticos de sus personajes de ficción, sea Averroes o Pierre Menard. Recién en 1945, el escritor argentino de libros de autoayuda y traductor autodidacta, José Salas Subirat ofrecerá no sin fervor la primera versión en español y en forma completa de las más de ochocientas páginas de la novela y en la Editorial Santiago Rueda. Colocándose al mismo tiempo como precursor y único lector, Borges impugnará la primera traducción en lengua española. Es conocido el rechazo de Borges a la traducción de Subirat narrada por Juan José Saer.² Antes de dar una conferencia en la ciudad de Santa Fe sobre Joyce, nos cuenta el autor de *Glosa*, una tarde de 1967 y dialogando airadamente en un café con una serie de jóvenes escritores locales, Borges confiesa no sin sorna, luego de recordar su intervención fracasada en los años cuarenta en una empresa colectiva de traducción junto a los mejores anglicistas del momento, que la traducción de Subirat era “muy mala”, sin ni siquiera haberla leído (y como tampoco, según propia declaración, su original en inglés). Al mismo tiempo y en el mismo año (1925) publicará su ensayo “El Ulises de Joyce” en su compilación de breves ejercicios de crítica literaria y ficciones especulativas titulado *Inquisiciones*. Publicado en 1925 y en una edición limitada de quinientos ejemplares, el libro fue rápidamente olvidado y desechado por el autor. Años más tarde y en forma

póstuma, el ensayo reaparecerá editado en el año 1994 y en una colección popular y de bolsillo.³

Quisiera proponer una hipótesis rápida. Reflexionar brevemente como si fuera una instantánea del pensamiento acerca del modo que Borges lee, tempranamente, el *Ulises* de James Joyce. Y donde Borges ejecuta una acción textual e interpreta el texto de Joyce (al modo de un intérprete leyendo y ejecutando una breve partitura musical), leyendo un fragmento y en esos “retazos” mínimos realiza una lectura inusual y primera, como si el mundo de Joyce (el *Ulises*) se concentrara en un punto; una especie de aleph borgeano donde se pueden leer todas las conversaciones, todos los motivos y anécdotas, todos los pases de registros y actos de enunciación de la novela del irlandés. Es así y pensando en un modo de lectura inusual e inesperado para su época, es que podemos afirmar que el chiste o la *boutade* de Borges, que cuenta Saer, pierde significación o relevancia al igual que la lectura incompleta y parcial de la novela de James Joyce.

Construir un modo de lectura inesperada sobre un texto desconocido en lengua española y una mirada singular (extrañada) sobre apenas un par de páginas hojeadas del libro escrito en inglés. Esa será la política vanguardista y fuera de lugar que impregna el breve ensayo del joven Borges. “Confieso no haber desbrozado las setecientas páginas que lo integran, confieso haberlo practicado solamente a retazos y sin embargo sé lo que es, con esa aventurera y legítima certidumbre que hay en nosotros, al afirmar nuestro conocimiento de la ciudad, sin adjudicarnos por ello la intimidad de cuantas calle incluye” (Borges 1925: 20). Inusual y provocativa confesión del joven ultraísta. Así comienza el segundo párrafo del ensayo y si se quiere, en él se condensa toda una teoría vanguardista de la literatura que hace del registro parcial y fragmentario una forma inusual y transgresiva del acto de leer. Una misma ciudad (Dublín) vista de diferentes ángulos parece completamente distinta y como multiplicada en perspectivas. Mirada desde un punto o de sus bordes, atravesada sobre un arrabal o desde el centro siempre se encuentran infinidad de ángulos formados por las líneas que dibuja su itinerario. Un libro cualquiera (una novela extensa en este caso), parece afirmar Borges, puede leerse según las manías ambulatorias del lector, con sus avances y retrocesos, sus detenciones y aceleraciones, en sus derroteros parciales y olvidadizos. Y el “Ulises” de Joyce puede recorrerse, en este sentido, como una ciudad cualquiera y dónde no hace falta para conocerla un recorrido completo.

Luego de insertar su producción narrativa en la mejor tradición literaria irlandesa (junto a Jonathan Swift. Lorenzo Sterne o Bernard Shaw), destacar el capítulo memorable del prostíbulo (capítulo XV) y de trazar una breve biografía intelectual de Jaime Joyce (así tradujo el nombre Borges en la versión porteña del capítulo final de la novela), dónde los minúsculos incidentes vitales se conjugan con la educación jesuítica formadora de la cultura clásica en Joyce, se detiene, invocando a Kant y con mayor precisión y holgura a Schopenhauer,

en la eficacia del juego de pasajes y reduplicaciones narrativas (entre los sueños colectivos e individuales, entre el ensueño y lo real) como si fueran páginas de un mismo libro (“la vida real y los sueños son páginas de un mismo libro”, dice el ensayo en su página veintidós). Eficacia y potencia narrativa sin antecedentes previsibles salvo algún pasaje logrado de *Crimen y castigo* de Dostoiewski, señala con convicción Borges.

Ligada en su modo constructivo a la *Odisea*, la novela puede ser leída en cualquier parte porque su historia no es lineal y todos los episodios se superponen y se expanden en distintos registros (del episodio al diálogo, de los diálogos al silogismo, de los silogismos a la indagación o pesquisa, de la pesquisa al monólogo imposible) y en la pluralidad de voces (de Leopold Bloom a Molly, Bloom, de Stephen Dedalus a Buck Mulligan). Transmutando e invirtiendo el modelo shakespeariano, apuntará Borges, el texto de Joyce multiplica y bifurca la dimensión temporal de un solo día en la vida de Leopold Bloom (“Si Shakespear -según su propia metáfora- puso en la vuelta de un reloj de arena las proezas de los años, Joyce invierte el procedimiento y despliegue, la única jornada de su héroe en muchas jornadas del lector”, se lee en la página veintitrés).

Joyce es un escritor millonario, afirma Borges (“Es millonario de vocablos y estilos”, pág. 24). Posee todas las nomenclaturas, todas las denominaciones y diseños de los billetes y las monedas de la economía literaria; más aún, el texto crece y progresa en la abundancia y el derroche, reactualizando y dando valor a aquellas signaturas monetarias que ya están fuera de circulación (“corren doblones castellanos y sicios de Judá y denarios latinos y monedas antiguas”, pág. 25). Y esa economía narrativa que genera el “Ulises” de Joyce, se desarrolla en la abundancia, progresa narrativamente en el exceso de formas y estilos. No hay devaluación monetaria en una prosa plural y multiforme, más bien una circulación de infinitas vertientes donde siempre crece el trébol de Irlanda.

Una lectura escrita con veneración gongorina pero discontinua e interrumpida como si fuera un breve paraje en un viaje (“[...] en la imposibilidad de llevarme el Ulises al Neuquén y de estudiarlo en su pausada quietud”, 25). Apenas un boceto inquietante, un croquis de lectura que anticipa la futura escritura (la borgeana y la de Joyce).

Más tarde, el tiempo de la enunciación ya no será el mismo. Varias décadas después y luego del furor vanguardista de los primeros escritos, el deslumbramiento inicial se trasmutará y efectuará, premeditada y parsimoniosamente, la promesa apenas entrevista. Cuando el ensayo sobre Joyce quede fuera de circulación y su borrado sea deliberado, el lector ya se ha convertido en el intérprete de su propia obra. Un antes y un después entre el lector y el autor. El nacimiento del autor pagará la deuda con el olvido deliberado del primer lector. El lector ya ha quedado signado bajo la rúbrica de un nombre propio. Sin embargo, paradójicamente y fuera de tiempo, el paseo por algunas calles del universo joyceano todavía conserva su fuerza entrópica. Las calles se mezclan y superponen, se contaminan en los procesos de lectura y escritura. La ficción borgeana es un modo de inscribir

una teoría de la lectura, afirma con insistencia Ricardo Piglia (Piglia 2005: 28). Entre el autor y el lector se interpone “una escritura eléctrica en la limpidez de las noches”. O para volver al relato de los comienzos, entre zaguanes y palabras, entre naipes y delirios, un libro futuro (“De aquí diez años –ya facilitado su libro por comentadores más tercos y más piadosos que yo”, pág. 25) del que Borges nunca más despertará.

NOTAS

1 Versión facsimilar de la Revista *Proa*, año segundo, n° 6 publicada conjuntamente por la Biblioteca Nacional y la Fundación Jorge Luis Borges

2 Juan José Saer; “El destino en español del ‘Ulises’”, Diario El País, 12 de junio de 2004.

3 Me refiero a la edición de 1994 de la Editorial Seix Barral en su colección Biblioteca Breve, bajo tutela de la Fundación Borges presidida por María Kodama.

OBRAS CITADAS

Barthes, Roland (1991). *S/Z*. México: Siglo XXI.

Borges, Jorge Luis (1925): “El Ulises de Joyce”, *Inquisiciones*. Buenos Aires: Editorial Proa, 20-25.

Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.

Revista Proa Edición Facsimilar. Buenos Aires: Edición Biblioteca Nacional conjuntamente con la Fundación Jorge Luis Borges, 2012, 1160 páginas (El fragmento del Ulises fue publicado en el n° 6 de la Revista Proa, enero de 1925).

Saer, Juan José (2004): “El destino en español del ‘Ulises’ ”, en Suplemento “*Babelia*”, *El País*, 12 de junio de 2004.